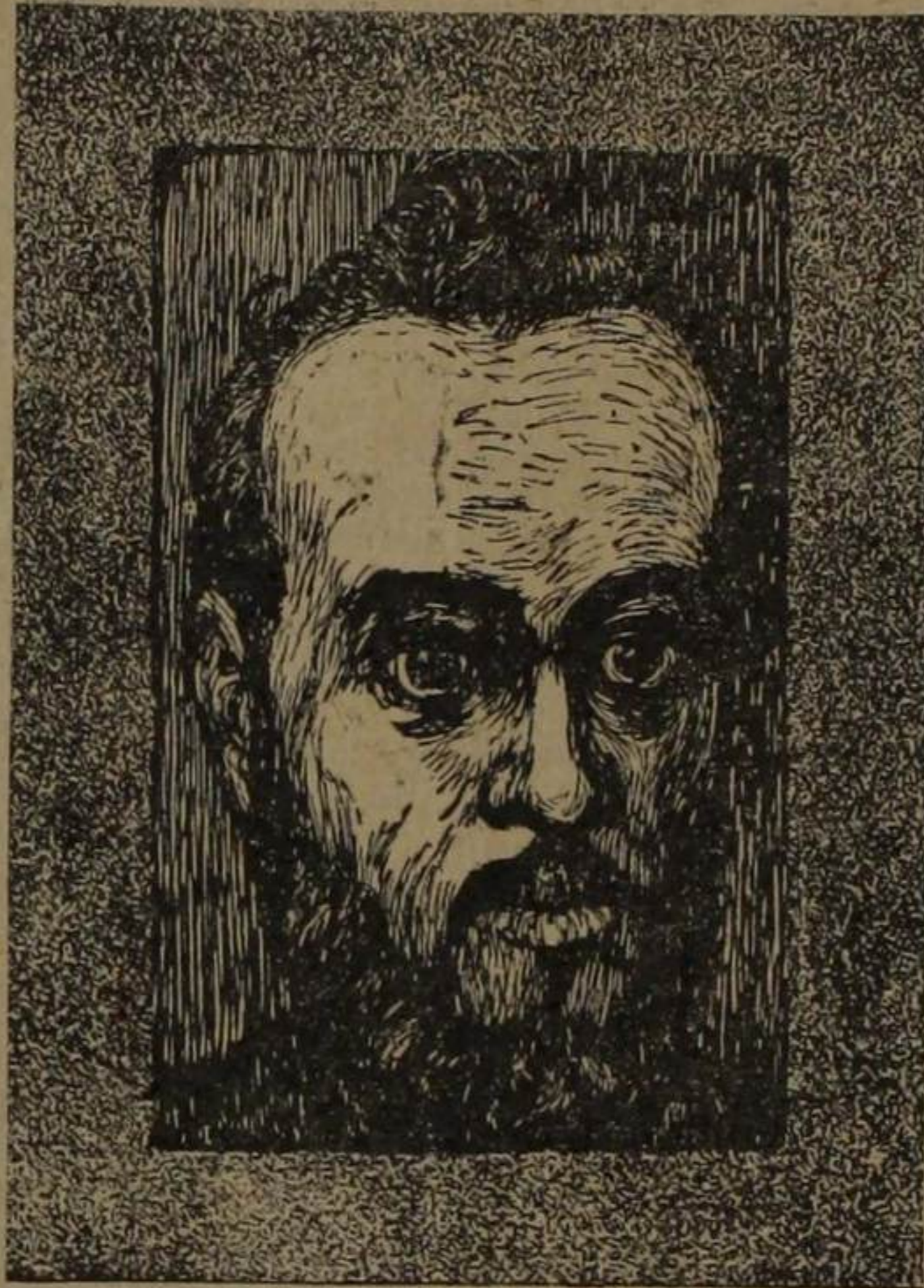


EN esta semana han llegado a Madrid, desde Finlandia, los restos de Angel Ganivet, andaluz, de apellido catalán, que tuvo a la España Meridional un amor razonado y una admiración bellamente expresada en obras descriptivas de valor permanente. Su amor patrio no se circunscribió al horizonte de los campanarios andaluces. Admiraba el fenómeno español y quería a su raza con amor intransigente y celoso, sin dejar, por ello, de admirar las virtudes de otros pueblos, muy diversos del suyo propio, como Suecia y Finlandia.

Fué, además de poeta descriptivo, en prosa de gran relieve artístico, un pensador de los más profundos entre los pocos otorgados por el destino a la España del siglo XIX. A pesar de su origen y de su vehemente patriotismo, no era Ganivet el tipo racial del escritor español. Su estilo era, sin duda, estudiadamente castizo, pero las condiciones de claridad, método y precisión le acercan más a los escritores de otras razas que tienen a su disposición un instrumento de arte *façonné* por tradición secular en manos de perfectos artistas.

Su forma natural y primordial de expresión eran, o la carta privada, no destinada a la publicación, o el ensayo corto de dos o tres páginas, a la manera de Leopardi o de Nietzsche, genios determinativos de nuevas corrientes ideológicas, con los cuales tiene otros puntos de contacto. Una coincidencia de pensamiento entre el *Idearium* y el delicioso volumen de sus cartas que dió a luz Navarro y Ledesma, sirve para ilustrar la excelencia de su prosa en estos dos géneros. En su *Epistolario* refiere Ganivet su encuentro con un americano, usando estas palabras: «Otro asunto que me cayó por banda fué una visita a un español, que, procedente del Congo, había ingresado en el hospital y deseaba antes de morir, hablar con algún semejante que le entendiese. Resultó que el tal individuo no era español, sino nicaragüense, de Matagalpa, aunque en los casos de apuro toda esta tropa llama a Mamá, como si todo eso de las nacionalidades modernas fuera una broma y estuviéramos en el siglo XVIII. Cualquiera poeta de segundo orden podía componer un poema con la conversación que me tuvo el desventurado matagalpés; un infeliz que, por ser bueno, según me dijo, se había visto burlado por su mujer, a la que tuvo que abandonar con tres chiquilines, y obligado a buscar el pedazo de pan por todo el mundo, dejando

Angel Ganivet



Por

B. SANÍN CANO

Dibujo de SIRIO.

un pedazo de pellejo en cada uno de los infinitos Panamá que explotan por todas partes los negreros de la civilización. La última aventura la ha pasado en el Congo, y después de exprimir allá las últimas gotas de substancia, ha sido remitido para reposición a la metrópoli comercial de Bélgica, a la que llegó atacado por la fiebre amarilla y convertido en esqueleto de ocre».

Ya se ve que Ganivet, como es frecuente en los talentos de su clase, tenía inclinación a usar géneros literarios incompatibles con su temperamento. Pensó en hacer un poema. Lo intentó acaso, y es de presumir que el empeño resultó fallido. No escribió el poema. El verso no fué la forma natural de expresión en aquel temperamento un tanto ardido por el calor de la idea. Ni *El Escultor de su alma* ni los versos intercalados en los *Trabajos del infatigable creador Pío Cid* le señalan como poeta a la consideración de la posteridad. Sin embargo, en el hervor cerebral de que fué resultado el *Idearium*, aquel incidente con el pobre hombre de Nicaragua sirvió de combustible y dió origen a un bello pensamiento, diluido en cuatro

páginas. El tono, aunque humorístico, no es aquí acerbo como en la carta. Nada del reproche de los que acuden a su madre, cuando se hallan en desgracia. Así le habló Ganivet al matagalpeño: «Amigo Tinoco, es usted el hombre más grande que he conocido hasta el día; posee Ud. un mérito que sólo está al alcance de los hombres verdaderamente grandes: el de haber trabajado en silencio; el de poder abandonar la vida con la satisfacción de no haber recibido el premio que merecían sus trabajos. Si Ud. se examina ahora por dentro y compara toda la obra de su vida con la recompensa que le ha granjeado, fíjese Ud. en que su única recompensa ha sido una escasa nutrición y, a lo último, el lecho de un hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que su obra ha sido nobilísima, puesto que no sólo ha trabajado para vivir, sino que ha acudido como soldado de fila a prestar su concurso a empresas gigantes, en las que otro había de recoger el provecho y la gloria. Y eso que Ud. ha hecho revela que el temple de su alma es fortísimo, que lleva Ud. en sus venas sangre de una raza de luchadores y de triunfadores, postrada hoy y humillada por propias culpas, entre las cuales no es la menor la falta de espíritu

(Pasa a la página 267).